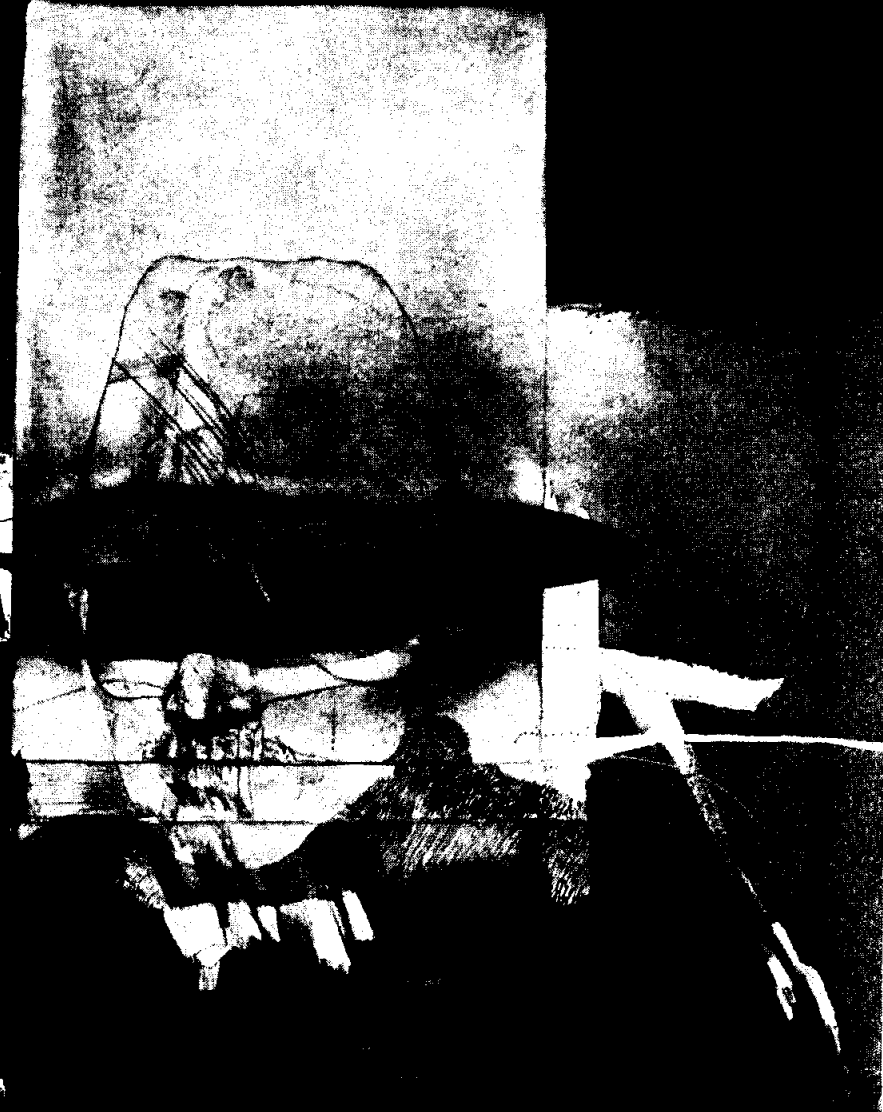
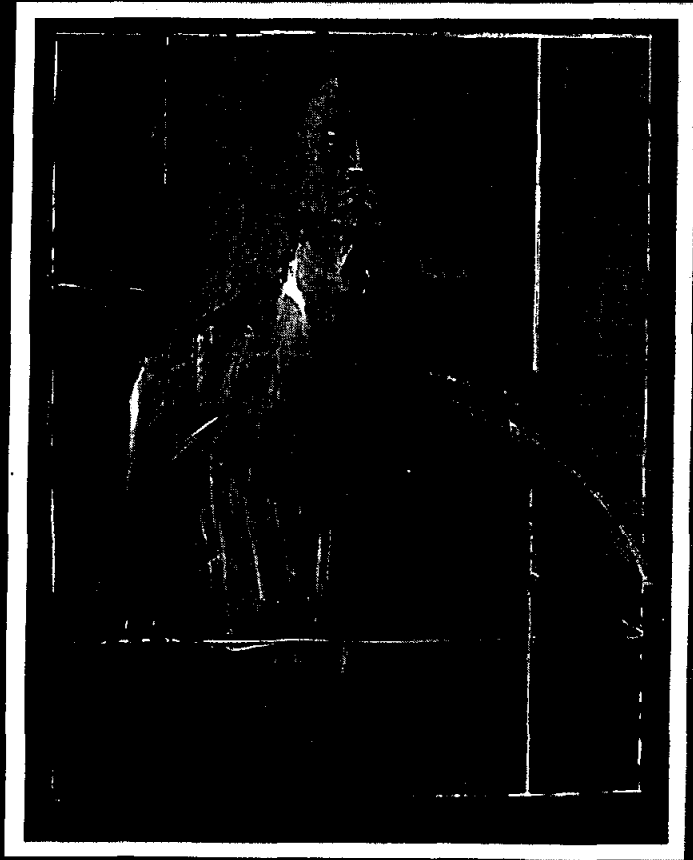


*Boda*

# ENSAYO ERROR

REVISTA DE PENSAMIENTO CRITICO CONTEMPORANEO



**DIRECTOR**

Fabio Giraldo Isaza

**COMITÉ EDITORIAL**

Óscar Arias  
Fabio Giraldo  
José Malaver  
Fernando Virviescas

**EDITOR**

José Malaver

**CONSEJO DE SOCIOS**

Óscar Arias  
Samir Brikujak  
Vladimir Cárdenas  
Óscar Fresneda  
Fabio Giraldo  
María Tuzén y Guibert  
Hernán Henao  
Justino Jiménez  
José Malaver  
Luis A. Sarmiento  
Luis Stalla Sierra  
Fernando Virviescas

**COLABORADORES**

**INSTITUCIONES DE APOYO**

Escuela de Historia  
(España)  
Fundación Sur  
(Chile)  
Revista Zimnogradina  
(Argentina)

**INTERNACIONALES**

Comité de Estudios  
Internacionales  
Piero Sraime  
Piero Sraime  
Fernando Virviescas  
Fabián Vermeir  
Sergio Zúñiga

**NACIONALES**

Bernardo Cárdenas  
Gonzalo Cárdenas  
Jorge Cárdenas  
Fernando Giraldo Isaza  
Justino Jiménez  
Margarita Escobar de Andreis  
José Luis González  
Carmelo Herrera  
José María Borrero  
Miguel Ángel  
Sulaimán Mejías  
Rafael Salamanca  
Eduardo Supelano

**ARMADA ELECTRONICA Y  
PRE-PRENSA DIGITAL**

La Silbata

**IMPRESIÓN**

Palmer y  
Formas e Impresos S.A.

SANTA FÉ DE BOGOTÁ  
COLOMBIA

10	<b>In memoriam</b> Barbarie contra la imaginación <i>Fernando Virviescas M.</i>		
24	Una perspectiva sociocultural en el desarrollo regional <i>Hernán Henao Delgado</i>		
40	<b>Literatura. Borges: 100 años</b> Borgiano <i>Rafael Escobar</i>		
41	Borges y yo <i>Jorge Luis Borges</i>		
42	Borges: el asombro y la insuficiencia del arte <i>Margarita Escobar de Andreis</i>		
48	Borges y el infinito: la literatura como revelación mística <i>Boris Salazar</i>		
54	<b>Psicoanálisis</b> Los dos principios del funcionamiento identificatorio: permanencia y cambio <i>Piera Aulagnier</i>		
68	La construcción del mundo en la psicosis <i>Cornelius Castoriadis</i>		
84	La psique: imaginación e historia Pensamiento psicoanalítico de Castoriadis <i>Fernando Urribarri</i>		
108	Principio del placer-realidad, compulsión a la repetición, vacío y simetría Notas sobre «Blanco» de Krzysztof Kieslowski <i>Simón Brainsky L.</i>		
124	<b>Arte</b> Roda: la música secreta del color y la forma <i>Fabio Giraldo Isaza</i>		
132	Antonio Roda habla <i>Entrevista para Ensayo y Error</i>		
	<b>Política</b> Para una concepción positiva de la guerra <i>Estanislao Zuleta</i>	138	
	Las violencias y su interpretación <i>Entrevista de Alberto Valencia Gutiérrez a Daniel Pécaut</i>	152	
	«La joven virgen autosodomizada por los cuernos de su propia castidad»... ¿Un espejo de la justicia? <i>Freddy Cante</i>	168	
	<b>Economía política</b> La política fiscal colombiana en un contexto histórico <i>Salomón Kalmanovitz</i>	176	
	<b>Ciencia, educación y ontología</b> La cuestión de la educación El teorema de von Foerster-Dupuy <i>Henri Atlan</i>	202	
	Darwinismo Neural: una nueva aproximación a la memoria y a la percepción <i>Israel Rosenfield</i>	222	
	Emergencia, creación y autonomía en la ontología de Castoriadis <i>José Malaver</i>	242	
	<b>Reseña de libros</b> Ciudad y Crisis ¿Hacia un nuevo paradigma? Imposturas intelectuales ¿Para dónde va Colombia? Acerca de la naturaleza de las ciencias sociales Parábola del liberalismo La tercera vía: la renovación de la social-democracia La democracia: una guía para los ciudadanos	254	



Portada: Autor: elfrato  
1980-1981



Contraportada:  
Retrato de un desconocido No. 8

# La construcción del mundo en la *psicosis* \*

Por: CORNELIUS CASTORIADIS



Felipe IV  
Óleo sobre lienzo, 100x120 cm

\* Expuesto en la Jornada de estudios sobre Piera Aulagnier y la psicosis (3 de octubre de 1992), organizada por la Escuela de propedéutica en el conocimiento del inconsciente. Publicado en *Psychanalyse à l'université*, 1993, vol. 18, nº 71, p. 41-54.

La necesidad de dar a esta exposición un título sucinto hizo que éste apareciera como una manifestación megalomaniaca. Hubiera sido mucho más apropiado, pero mucho menos elegante titular la exposición *Fragments de consideraciones preliminares sobre algunos aspectos de ciertas cuestiones pertinentes para una reflexión del problema de la construcción del mundo en la psicosis, haciendo referencia notablemente a la obra de Piera Aulagnier*. Aunque más que esto, en una actitud que Piera y yo siempre compartimos, una buena parte de lo que diré se situará en una dimensión interrogativa.

Esta interrogación, voy a retomarla desde otro ángulo. ¿Cómo sabemos que la psicosis es un fenómeno psíquico (los nombres pueden ser engañosos) y no, por ejemplo, orgánico? ¿Por qué se la situaría en el campo del psicoanálisis? La primera interrogación está justificada debido a la controversia inmemorial sobre las relaciones entre cuerpo y alma, controversia que ha vuelto con fuerza en estos últimos años (psicotropos, neurociencias, etc.). La segunda también lo está si se recuerda que Freud no dudaba del carácter psíquico de la psicosis, pero juzgaba a los psicóticos, inanalizables.

¿Por qué la psicosis no sería como la epilepsia o la enfermedad de Alzheimer? Responder que en estos últimos casos se constatan alteraciones del tejido nervioso, que no se encuentran en la psicosis, es insuficiente. Primero, porque la objeción es previsible: *aún* no se habrían encontrado las lesiones de los tejidos (o la molécula, o el gene, o los errores de cableado) responsables de la psicosis. Recuerdo que Freud mismo escribía en 1925 que la búsqueda de «materias hipotéticas», que serían determinantes de la neurosis, «...no conduce aún, por el momento, (*vorläufig noch*) a ninguna vía» («*Las resistencias contra el psicoanálisis*», G. W., XIV, 101) y, todavía en 1927, «...se puede entrever el día donde caminos nuevos se abrirán... que conducen de la biología de los órganos y su quimismo a los fenómenos de la neurosis. Ese día parece estar aún lejano...» («*Sobre el análisis profano*», *loc. Cit.*, 264).

En seguida, porque no se puede dudar de la interacción y de la interdependencia entre la psique y el sistema nervioso central, o

incluso el soma en general (psicotropos, alucinógenos, alcohol, electroshock, etc.). Las fronteras de los dos dominios, los modos de su interacción, siguen siendo para nosotros totalmente desconocidos. La respuesta a esta dificultad fue dada ya por Freud mismo a propósito de los sueños y los síntomas neuróticos. Respuesta que procede de una decisión no sólo «metodológica» o «epistemológica», sino propiamente filosófica y, más precisamente, ontológica. Freud decidió que los sueños tienen un sentido, igual que los síntomas. Una relación directa entre la vida psíquica y el sistema nervioso, escribirá en 1939, «si existiera ésta, sólo suministraría en el mejor de los casos una localización precisa de los procesos de conciencia, y no contribuiría en nada a su **comprensión**» (*Resumen de psicoanalistas*, G. W., XVII, 67, subrayado por mí). Estos fenómenos obedecen a una causalidad psíquica; o mejor, dependen de una codeterminación, o son condicionados por procesos esencialmente psíquicos («*Las resistencias...*», *loc. cit.*, 101-103). ¿Por qué llamar a esta decisión ontológica? Porque concierne al estatuto y al modo de ser de los sueños y los síntomas: los dos pertenecen al mundo del **sentido**.

La cuestión es pues, saber si se puede decir lo mismo de la psicosis. Es decir si la psicosis, o al menos algunas formas de psicosis — y, como Piera, yo no hablaré aquí más que de la esquizofrenia y la paranoia —, es una aglomeración de escorias y desechos del funcionamiento psíquico o simplemente un modo deficiente de ese funcionamiento con relación al funcionamiento llamado normal; o bien si por el contrario, la psicosis pertenece, tan extraño como esto pueda parecer, al mundo del sentido. Se sabe que Freud había igualmente tomado esta última decisión con relación a la psicosis (la paranoia) desde los años de su correspondencia con Fliess.

Decir que la psicosis hace parte del campo psicoanalítico, es decir que los fenómenos psicóticos tienen sentido, es pues situarse ante la formidable obligación de encontrarle sentido al delirio que marca la «alienación», el **estrangement**, la separación del mundo común del sentido. Es también situarse ante la obligación de producir la causalidad, o codeterminación psíquica, de estos fenómenos. Diría rápidamente que esas dos obligaciones sólo pueden ser cumplidas, a lo sumo, de manera imperfecta; no porque la psicosis

no perteneciera al mundo del sentido, sino porque con relación a estos dos aspectos: el contenido del delirio y su «función», es decir su causación, nos encontramos con *creaciones* psíquicas mucho más excentradas que el sueño o el síntoma neurótico relativo al mundo común.

El valor del trabajo de Piera sobre la psicosis es correlativo a una decisión análoga, ésta misma dependiente de su actitud más general como lo muestran ya los títulos de sus libros, **La violencia de la interpretación**<sup>1</sup> —interpretar es partir de un «texto» que tiene sentido para llegar a otro que tiene también sentido— o bien *Un intérprete en busca de sentido*<sup>2</sup> (de sentido y no del sentido). Decisión : *a*) que los fenómenos psicóticos tienen un sentido ; *b*) que ese sentido no es **reducido** — volveré sobre este término; y *c*) que la psicosis puede y debe ser elucidada psicoanalíticamente, bajo pena de decadencia del psicoanálisis. Como ella lo decía en un seminario en Sainte-Anne en 1975-1976 (que ya cité en *Les Carrefours du labyrinthe*<sup>3</sup>, p. 97) : «Si no entendemos la psicosis, eso significa que no entendemos algo esencial en el funcionamiento de la psique en general».

Recuerdo a este propósito, algunas formulaciones de **La violencia de la interpretación**. La idea de que la psicosis revelaría el inconsciente en su transparencia y resaltaría una no-progresión, regresión o repetición de «una primera fase de la actividad psíquica», dice ella, es un mito tan falso como resistente (y sin duda es también necesario incluir aquí la «foreclusión del Nombre del Padre»). El delirio nos entrega «producciones psíquicas altamente elaboradas» (p. 17). Hay un **plus** del cual da testimonio la **creación** psicótica (éste es su término), hay un «prodigioso trabajo de reinterpretación» operado por la psicosis (*ibid.*). Reinterpretación, producciones psíquicas altamente elaboradas, un **plus** de la creación psicótica: todo esto remite a caracterizar la psicosis por la creación, a partir de un «no-sentido» primero para el sujeto, de un sentido para él que es un no-sentido para los otros. Y en efecto, su construcción, dice, «privilegia voluntariamente... la relación del Yo al registro de la significación» (*ibid.*, p. 18).

Sería lo mismo decir que hay en la psicosis una construcción, o

mejor: creación de un mundo que tiene sentido para el sujeto (y que no tiene sentido para los otros). Pero aquí es necesario estar atento, precisar de cuál sentido se trata y cómo se entiende ese término. Puesto que existe también un sentido «orgánico». Los fenómenos y los procesos orgánicos tienen un sentido, ya que traducen relaciones ordenadas, funcionales, finalizadas, categorizantes. Estos son dominados por una matriz ultra-compleja de relaciones de equivalencia, de orden, y de vecindad. Manifiestan una combinatoria jerárquica integrante y funcional. Operan bajo modalidades que combinan causalidad y finalidad, «conocimiento» y «acción», la relación del «si... , entonces...». Mediante este conjunto de operaciones y relaciones creadoras de sentido para él, el viviente se crea cada vez un mundo propio, un mundo para sí, que «tiene sentido» para él. Pero «tener sentido» aquí quiere decir simplemente, de acuerdo con lo que sabemos: corresponder a la finalidad biológica, permitiendo funcionar (conservarse y reproducirse), con eventualmente un «placer», él mismo en esencia funcional.

Para obtener una demarcación, debemos establecer que el sentido de los fenómenos psíquicos es esencialmente no funcional, más allá de la funcionalidad biológica, que puede llegar hasta inducir la destrucción de esta funcionalidad. De esto, la vida humana, individual y colectiva, nos ofrece una demostración masiva y repetida.

Desde luego la intrincación de lo psíquico y lo orgánico (o el apoyo de aquel sobre éste) en lo humano es tal, que difícilmente se pueden separar las dos dimensiones. Pero no podemos comprender los fenómenos psíquicos a partir de categorías «funcionales», como el principio de realidad o incluso el principio del placer, si por placer se entiende el placer de órgano. En el humano, el placer es esencialmente el placer de la representación, placer desfuncionalizado; pero incluso ese placer de la representación cede el paso ante la necesidad de **hacer sentido**, aún al precio de un inmenso displacer psíquico (y somático); y es esto lo que vemos en forma extrema en la psicosis. Este hacer sentido debe comprenderse entonces como la instauración de una cierta coherencia representativa, aunque esté en detrimento de lo orgánico, en detrimento del placer, incluso representativo, y en detrimento —en la psicosis— de la coherencia con la representación de los otros, las significacio-

nes sociales, lo que Piera llama «el discurso del conjunto». El enigma —que no se puede discutir aquí— es que, como lo indica la posibilidad de una divergencia radical con la representación de los otros (social), los postulados mismos sobre los cuales esta coherencia es juzgada son o pueden ser **creados** por el sujeto; sin que hubiera allí psicosis (así como, desde otro punto de vista, no habría alteridad de las diferentes instituciones de la sociedad y la historia).

Quedaría por examinar otra tendencia «antipsicoanalítica» concerniente a la psicosis: los fenómenos psicóticos tendrían un sentido, pero ese sentido, a consecuencia de las alteraciones o los déficits orgánicos, es un sentido reducido o recusado. No pienso tanto en los organicistas, sino en alguien muy importante como Kurt Goldstein (*La Structure de l'organisme*<sup>1</sup>). Frente a los «déficits» (sobre todo orgánicos), hay primero que todo reconstrucción de un mundo con sentido para el sujeto, con la reducción del campo y la riqueza de su organización. Por otra parte, en los grados más fuertes de destrucción orgánica, hay lo que Goldstein llama la reacción catastrófica, es decir, el hundimiento a la vez del funcionamiento y de la tentativa de construir un sentido, cualquiera que sea la acepción que se le dé a ese término.

No se puede rechazar de manera simple esta óptica, que me parece correcta en algunos casos (e independientemente de la cuestión de su fundamento o condicionamiento orgánico). Hay en efecto reacciones psíquicas que son reacciones de «contracción», que pueden llegar muy lejos (se ve en los casos extremos de la neurosis obsesiva), como existen las reacciones psíquicas catastróficas. La diferencia con los fenómenos psicóticos no es siempre evidente. Y aquí aparece la importancia y la pertinencia del criterio implícitamente establecido por Piera Aulagnier en *La Violencia de la interpretación*: la psicosis que nos importa esencialmente, desde el punto de vista psicoanalítico, es la psicosis donde hay creación delirante —en mis términos, construcción y creación de un mundo propio— que no es esencialmente reducción, mutilación o suma de residuos del mundo común, sino alteración de algunos principios organizadores de éste y desaparición o evanescencia del **deseo** mismo de participación en ese mundo común.

Lo fundamental es que el sujeto debe crear un cierto sentido para

él mismo. En la concepción de Piera, que supongo aquí conocida, su actividad representativa parte de un fondo primero que ella llama el pictograma, imagen fundamental para el sujeto y matriz de todo lo que podría, en el desarrollo que prosigue, hacer sentido. Y él produce inicialmente sentido a través de la producción fantasmática. Finalmente, en un tercer estrato, el sujeto debe producir sentido en sus pensamientos, pensamientos del Yo. Pero lo que hace sentido en el pensamiento del sujeto debe hacer sentido también para el «conjunto», es decir, la sociedad. Para los pensamientos del Yo, la validez quiere decir esencialmente conformidad o coherencia con el discurso del conjunto. Las preguntas se plantean en el límite de este enunciado —es el caso, por ejemplo, de Galileo—, pero ellas conciernen a sociedades muy particulares y no pueden ser discutidas aquí. Pero decir que la validez del discurso del sujeto significa de hecho su conformidad con el discurso de la sociedad implica, dada la existencia de una cantidad de sociedades distintas, que en **nuestro dominio** la cuestión de la validez del discurso social no puede ser planteada. Dicho de otra manera, la institución de la sociedad es esencialmente arbitraria, y Piera por lo demás reconoce explícitamente la relatividad social de la psicosis, en especial por lo que corresponde a la nominación de los parentescos.

Es necesario insistir sobre este punto. Para Freud, la religión — piedra angular de casi todos los edificios sociales que conocemos — es una ilusión, y la ilusión es definida por él como un error investido de afecto. Definición, desde luego insuficiente a pesar de todo, pues este «error» viene de alguna parte y va a alguna parte: la religión se debe precisamente a la búsqueda del sentido, y todo el tiempo que ella lo «tenga», cumple ese rol, ella opera la *Sinngebung* o mejor *Sinnschöpfung* necesaria para la vida de la sociedad. Pero esta definición es suficiente para nuestro propósito. Pues se trata aquí visiblemente de un «error» colectivo e instituido y de un afecto que está por todas partes, y moviliza toda la colectividad. Así la Inmaculada Concepción, objeto de firme creencia en una sociedad cristiana, cuando ella se refiere a Cristo, será considerada como un pensamiento delirante por esta misma sociedad (y por cualquier otra) si ella se refiere al sujeto mismo.

De este modo, la psicosis es un conflicto o no-coherencia esen-

cial entre lo que tiene sentido para el pensamiento del sujeto y lo que tiene sentido para el «conjunto». Si se admite esta definición, la psicosis tiene relación esencialmente con el Yo. Es la creación de pensamientos delirantes, de pensamientos que contradicen el discurso del conjunto, es decir, las significaciones sociales, o no tienen coherencia con éste; **pero** que tienen sentido **para** su sujeto, aunque sean la mayor parte del tiempo fuente de sufrimiento para éste y aunque el conflicto no sólo sea con lo que piensan los otros, sino con aquello que, el sujeto lo **sabe**, hace sentido para los otros. Hay en efecto siempre, en el alma del psicótico, un rincón que mira al resto y sabe que lo que tiene sentido para él no tiene sentido para los otros (cf. Perceval).

Si todo esto es admitido, surgen tres grandes preguntas:

- ¿Por qué una tal evolución de ciertos sujetos los conduce a la psicosis?

- ¿Qué podemos decir en general y de general, sobre el contenido del discurso delirante?

- Finalmente, difícil pregunta, ¿qué se puede decir del tratamiento psicoanalítico de la psicosis?

Haré algunas anotaciones sobre la tercera y la primera de estas preguntas, antes de llegar al que es mi tema aquí, el contenido del delirio, es decir, la construcción del mundo en la psicosis.

Las tareas que confronta el tratamiento psicoanalítico de la psicosis me parece que son, en su orden, las siguientes:

1) Superar la radicalidad del conflicto entre el discurso delirante y el discurso común, crear una brecha en el aislamiento psicótico —lo que Maurice Dayan ha llamado acertadamente «el reino despiadado de la convicción solitaria» (Prefacio a *Un intérprete en busca del sentido*, p. 20) — al ofrecer una escucha al discurso del psicótico e intentar allí crear con él un inter-lenguaje.

2) Mostrar en este conflicto y en la construcción delirante la fuente del sufrimiento, tarea en la cual se choca, sin duda más que en la neurosis, con una «economía del sufrimiento» y sus relaciones con un masoquismo esencial.

3) Mostrar que el mundo puede tener sentido **de otra manera**.

4) Producir sentido a partir del no-sentido (para el «conjunto») de la historia del psicótico, **lo que choca con el hecho de**

**que, de una cierta manera, esta historia no tiene sentido**, no sólo porque en últimas, **nada** tiene sentido (lo que es verdadero), sino también porque el surgimiento de la construcción delirante y su contenido son contingentes y contienen un componente de **creación**; y que tanto el terapeuta como el psicótico deben aceptar el terrible, **esto es así, esto ha sido así**.

Dicho de otra manera, se necesitaría que hubiera una especie de teoría general de la psicosis, que pueda dar cuenta y «producir sentido» de las historias singulares -lo que es casi una contradicción en los términos. Es cierto que esta contradicción la reencontramos también en la neurosis -pero ésta no es allí tan fuertemente excluyente. Esto puede ser porque en el caso de la neurosis, la interpretación remite a deseos ya elaborados así o de otra manera en el cuadro de la humana condición - por ej., el edipo. Podemos decir o hacerle entender a un neurótico: es «normal» que usted haya deseado a su padre o a su madre, es «normal» que bajo diferentes máscaras y figuras, continúe haciéndolo, y es «normal» que renuncie a la satisfacción directa de ese deseo por medio de objetos substitutivos. Pero es mucho más difícil lograr que se acepte la idea: usted es o ha estado loco, porque por ejemplo su madre lo odiaba (y esto fue así porque su propia madre..., etc.) -o porque **usted** lo ha construido de ese modo. Esto puede ser pertinente, pero el paciente tendría también perfectamente el derecho a responder que eso le aporta muy poco.

Esto me remite al primer punto, la pregunta sobre el origen de la psicosis -que puede ser la parte más esencial del trabajo de Piera sobre el sujeto- a propósito del cual debo hacer mis propias interrogaciones sobre su concepción. Por un lado, interrogaciones teóricas: según Piera, el pensamiento delirante apunta esencialmente a responder la pregunta por el origen (VI, 226-232) y comporta un carácter «psíquicamente hereditario» (*ibid.*, 233 sq.). La pregunta por el origen es siempre el mito de la historia personal, así como de la historia colectiva, y no estoy seguro de que una fractura en ese mito sea condición bien sea necesaria o suficiente para el advenimiento de la psicosis. Por otro lado, dificultades empíricas: tuve, y tengo aún, pacientes en cuya historia, a pesar de mis esfuerzos, no llego a encontrar el rasgo de un discurso parental odioso, o un de-

seo de no-deseo, o un deseo de muerte con relación al niño.

Lo que me importa hoy en día es el contenido del delirio, la construcción del mundo delirante, la creación de un mundo que rompe con el mundo común.

El mundo es siempre mundo **para** un sujeto. Su construcción implica necesariamente construcción, generalmente implícita:

- de **sí**, tanto «psique» como, sobre todo, cuerpo; y de los otros, que comienza por la construcción del otro por excelencia, la «portadora de la palabra», la madre. Se le puede llamar la construcción **prosopológica**;

- de los «objetos», sus atributos y sus relaciones. Se le puede llamar la construcción **pragmatológica**, porque concierne desde luego a las cosas en el sentido más general, pero también a la organización práctica sin la cual estas cosas no serían, se convertirían en polvo.

Es importante notar que, en el caso general, el discurso psicótico divide en su inmensa mayoría las construcciones prosopológicas y pragmatológicas de la sociedad del psicótico. No hay negación de la realidad en general. El psicótico habla nuestra lengua, sabe lo que es una mesa, cómo tomar el metro. Sabe que el fuego quema, y no se quema - y cuando lo hace a propósito, es porque sabe que el fuego quema. Se trata siempre de un dominio privilegiado (negativamente) del mundo común que él construye de manera radicalmente diferente. Este concierne, en general:

- al cuerpo propio, como cuerpo-sufrimiento y no como cuerpo-placer;

- a los afectos, más o menos devastados<sup>5</sup>, y a los deseos;

- al funcionamiento de la fantasmaticación, evanescente; el delirio y la alucinación reemplazan al fantasma en el sentido habitual y deviene más o menos imposible, sin evidentemente cumplir la misma función;

- finalmente, a ciertas relaciones y a ciertas propiedades de los objetos (incluidas las del cuerpo propio), que devienen «delirantes».

¿Por qué la construcción delirante en general? ¿Por qué ésta afecta estos puntos de preferencia y no otros, y por qué de esa manera? ¿Por qué podemos distinguir paranoia y esquizofrenia no solamen-

(5) Generalmente, pulverizados por la angustia y reemplazados masivamente por ésta.

te en cuanto a su «origen», sino en cuanto a su organización? ¿Por qué el delirio explota o se instala en tal momento y no en otro? Estas serían algunas de las preguntas que debería afrontar toda concepción teórica de la psicosis. Sólo consideraré aquí una pequeña parte, para mostrar lo que podría ser, en correlación con el trabajo de Piera Aulagnier, una tentativa de comprensión del mundo construido en y por la psicosis.

Es evidente que construcción del mundo y construcción del sujeto (de la imagen propia de sí) son correlativas y homólogas por razones de esencia; como lo son en el caso de la sociedad. Estas **deben** corresponder, sin lo cual ni lo uno ni lo otro haría sentido. ¿Qué sentido tendría para el sujeto un mundo en el cual él mismo no tendría lugar? ¿Y qué sentido podría tener el ser-sujeto del sujeto en un mundo sin-sentido? Filosóficamente, los dos son función de la misma matriz de sentido. Pero el mundo en el cual el sujeto debe esencialmente situarse, no es el de los bosques, los océanos y las estrellas; es el mundo humano/social, tal como se presenta a él **por delegación** a través de la pareja parental y sobre todo en primer lugar a través de la madre o su sustituto, lo que Piera llama «la portadora de la palabra del conjunto», la embajada maternal de la sociedad. El niño debe entonces primero y ante todo producir sentido de «sí mismo» y de lo que se presenta inmediatamente como lo más o lo único próximo, en contacto vital con su realidad tanto somática como psíquica. Es aquí donde interviene lo que Piera llama el pictograma como primera imagen con sentido y matriz de toda imagen.

La socialización de la psique es interiorización de las significaciones imaginarias sociales. Para que esta interiorización sea posible, es necesario que el eslabón mediador primero de esta interiorización sea de una manera u otra **invertido** por el niño, e investido de tal manera que el niño pueda también investirse él mismo. Desde luego, este auto-investimiento existe siempre; es condición de la vida misma. Pero son sus modalidades las que importan. Y es aquí donde las historias, en todos los sentidos del término, comienzan.

La construcción del discurso delirante es una actividad del Yo. ¿Por qué? Porque el Yo es el lugar (subjetivo) del lenguaje. Y el len-

Felipe IV

Óleo sobre lienzo. 120x100 cm

guaje es el portador explícito de toda la organización del mundo, de la sociedad, de la lógica de ésta, etc. Lo propio de la psicosis es, si no la supresión, al menos el cortocircuito de la actividad fantasmática. ¿Por qué? Porque el otro ha sido vivido ya sea como no-deseante o como portador de un deseo insoponible -de muerte del sujeto- o de odio. El sujeto se encuentra entonces cortocircuitado entre el Yo y el pictograma -y este pictograma es centralmente un pictograma de **rechazo**. En ese sentido, para Piera Aulagnier, todo emerge de esta puesta fuera del circuito de la actividad de fantasmaticización.

Hay aquí un punto sobre el cual yo habría criticado a Piera. Tanto el delirio como la alucinación manifiestan como creaciones una actividad extraordinaria de la imaginación radical del sujeto; y ésta es inseparable de la fantasmaticización en el sentido más general. Por otra parte, Piera habla casi siempre como si puesta en escena y puesta en sentido fueran separables; a mi modo de ver, nunca lo son. No hay para el sujeto una imagen que no tenga un mínimo de sentido, no hay sentido que no esté apoyado por una imagen. El sentido debe estar apoyado por una imagen; y por lo tanto inscrito en las obras de la imaginación radical, que es fantasmaticización en el sentido más general del término.

La contradicción puede ser superada si se comprende que para Piera el fantasma es la puesta en escena de un **deseo** en el sentido estricto del término. Y es en efecto esta dimensión la que es, no suprimida (en este caso nunca podría reaparecer), sino desactivada por la psicosis.





Se puede comprender mejor el conjunto de la problemática si se la aborda como sigue. Toda actividad psíquica humana está definida por y existe en un tri-vector, es decir un vector que se despliega en tres espacios solidarios: el espacio de la representación, el espacio del deseo, el espacio del afecto. En la psicosis, el deseo es reemplazado por la categoría más general de la **intención**; categoría que está siempre presente en el viviente, pues de otra manera éste no podría sobrevivir. Hay una supresión del deseo y un reemplazo de éste por una intención pura, seca, abstracta. Piera utiliza el término voluntad: voluntad sin deseo, querer (intención) que se le puede imputar a otro desencarnado -por ejemplo, a voces-, y que es **pura prescripción** (positiva o negativa). ¿Por qué esto? Porque el otro ha sido construido desde el principio como pura prescripción, orden fría, organización voluntaria; o porque el deseo en él había sido ocupado por el puro odio. La cuestión de saber si ha sido así construido porque fue efectivamente de esa manera, como visiblemente lo entiende Piera, o porque sólo es así que el sujeto podría experimentarlo/construirlo (es lo que a mi modo de ver puede perfectamente ser también el caso), debe permanecer aquí abierta.

Los efectos de esta construcción sobre el sujeto mismo son la ausencia de deseo y afecto manifiestos. Los efectos sobre su relación con el mundo y, para comenzar, el mundo humano son totalmente devastadores. La obliteración de la dimensión del deseo es condición de la **separación** del psicótico. Es lo que le imposibilita entrar en negociación con los otros, dialogar con ellos **-come to terms**, se diría en inglés. El otro sin deseo es forzosamente el otro inexorable, comparable a una fuerza natural o a una ley mecánica-burocrática. Si yo mismo y los otros somos construidos como deseantes, un tratado, un contrato serían siempre posibles. Pues habría a la vez posibilidad de identificación fantasmática con el deseo del otro, y un **do ut des**, un **quid pro quo**, una dependencia recíproca entre el sujeto y el otro.

Identificación fantasmática: siempre hay una, se sabe, incluso en los casos más extremos de sadomasoquismo, por ejemplo. Los dos sujetos no están solamente en todos los lugares de sus fantasmas, son la escena fantasmática misma con una claridad que oscila del uno al otro. Dependencia recíproca, psíquica y operacional: no hay

masoquista sin sádico, y recíprocamente. Es el deseo sádico el que excita al masoquista, y el deseo masoquista el que excita al sádico: se sabe que los personajes de las obras de Sade insisten para que las víctimas **reconozcan** su placer. Esto aclara, dicho de paso, lo absurdo de establecer el «deseo» como cuasi soberano y solipsista (Lacan: «el falo desea y el sujeto demanda»). Es necesario, desde luego, distinguir entre deseo y demanda, ya que el deseo demanda en cuanto es dependiente. El deseo es, como lo decía Piera, también y sobre todo deseo del deseo del otro; y en ese sentido, **dependiente** del deseo del otro.

Pero en la psicosis el otro, personal o impersonal, es literalmente **implacable**: él exige, prescribe, condena sin discusión, sin negociación, sin apelación posible; y la obediencia es esclavitud sin placer. El deviene así lo **separado** y lo **separante**; roles finalmente realizados **por** el sujeto psicótico mismo.

¿Por qué él lo construye así? Piera Aulagnier responde: porque para el sujeto psicótico se ha vuelto imposible la defensa por causalidad fantasmática («la filiation persecutive», en **Un interprète** . . . , p. 326) que podría imputar el sufrimiento del sujeto a un deseo del otro, así como el placer en posición masoquista «normal», si se puede decir.

Pienso que es sobre esta vía también que se puede comprender otro rasgo sorprendente si no de toda psicosis, por lo menos de un gran número de casos: la obliteración de la diferencia entre lo natural (lo físico) y lo humano. Más allá de una mirada superficial, de lo que se trata en la psicosis no es de un animismo generalizado sino más bien de un cosismo generalizado, como se ve en la esquizofrenia, pero también, con menos claridad, en la paranoia. Cosismo que es a su vez tanto condición como componente de la separación y la exclusión del psicótico. Los otros humanos, o los objetos perseguidores, no están verdaderamente animados, son entidades rígidas definidas únicamente por las prescripciones que de ellos emanan y por la pura voluntad de dañar al sujeto y hacerlo sufrir. Piera habla de la «burocracia de un poder anónimo o de los «odiadores»» («La filiation persecutive», *loc. Cit.*, p. 327). Yo habría dicho los malvados y los malhechores. De ahí también la extraña sexualidad, o más bien la actividad sexual de los psicóticos,

la facilidad gélida del esquizofrénico, la ausencia tórrida del paranoico. El otro, el compañero, no es «objeto» -en el sentido de la «mujer-objeto» de los años 70-, es cosa sexual, como el alimento no es alimento gustoso o no, provisto de cualidades creadoras de placer, es una cosa comestible. Un aspecto de esto es visible en Sade, que es desde luego mucho más complejo y coherente, pero en el cual el componente psicótico no podría ser desconocido: tratamiento de los otros como cosas, cuantificación general, combinatoria mecánica, negación desencarnada de la distinción naturaleza/humanidad, pesado estereotipo de las descripciones de las mujeres, los órganos y las escenas, disfrute que toma el aspecto de una catástrofe natural y a veces coincide con ésta, como para Juliette en Naples.

Terminaré con una doble precaución.

Primero, sobre la universalidad de la teoría. Si reconocemos la extraordinaria creatividad de la psique, tal como se manifiesta también en la psicosis, debemos admitir que una teoría sólo podría, a lo mejor, construir *tipos ideales* que ilustran la realidad, indispensables para pensarla, pero que se alejan de ésta mucho o poco según los casos. La teoría de Piera Aulagnier elucida admirablemente aspectos esenciales del proceso de la creación delirante, pero no debería ser tomada (incluso en los casos de la esquizofrenia y la paranoia, a los que, como ella, me he referido exclusivamente) como la que responde a todos los casos. En especial, permanece abierta la pregunta que se refiere a si el padre ha sido efectivamente tal y como lo postula la teoría o ha sido simplemente construido como tal por el sujeto (hace parte de *su* construcción del mundo). Piera escribe (*La violencia de la interpretación*, p. 220-222) que sólo podemos hablar de las condiciones necesarias, pero no de las condiciones suficientes de la psicosis. Esta es efectivamente una distinción importante (y constantemente olvidada por los psicoanalistas, así como por los otros practicantes de las «ciencias humanas»), que elimina toda pretensión a una teoría de la *causación* de la psicosis, la cual debería evidentemente suministrar las condiciones necesarias y suficientes. Pero esta misma no es suficiente, como lo resalté en lo que ha precedido. En numerosos casos, la clínica nos desafía a encontrar las «condiciones necesarias». A menudo tenemos ante nosotros psicóticos (y de la misma manera niños autistas)

cuyos padres no responden a ninguna descripción estándar. Creo que Piera lo admitiría fácilmente.

Enseguida, sobre la exhaustividad de la teoría. A este respecto también, Piera Aulagnier formula más o menos las reservas que se imponen (*ibid.*, p. 218-219). Hablar de la creatividad extraordinaria del pensamiento delirante, como Piera, significa renunciar a poder «explicar» partes esenciales del contenido del delirio; como tratamos de hacerlo con más o menos éxito para el contenido del sueño «normal» o neurótico. Esto significa incluso admitir que ese contenido como tal, en su especificidad, permanece para nosotros casi siempre incomprensible. Decir que podría devenir para nosotros comprensible no querría solamente decir que podríamos enumerar exhaustivamente las condiciones necesarias y suficientes de su producción, sino también que podríamos dividir las significaciones y el mundo de significaciones de dónde emerge. Esto jamás es totalmente posible. Un tratamiento psicoanalítico de la psicosis no es vano, todo lo contrario, pero no pasa y no puede pasar por esta comprensión completa del contenido del delirio.

Ilustraré esto, para terminar, con un ejemplo real. Una esquizofrénica internada desde hace muchos años, a la que veía dos veces por semana y con la cual había avanzado un buen trecho, me contó un día un recuerdo sorprendente. Algunos años antes, ella había estado con su amigo de la época en una habitación de hotel para hacer el amor. Esto fue imposible, e incluso espantoso, «porque las sábanas estaban tan azucaradas que quemaban». A mi pregunta, estúpida lo admito, cómo unas sábanas podían estar azucaradas y por qué esto las hacía quemar, ella respondió con seguridad y con el tono de un gran filósofo que reprende a un alumno atrasado: «Señor Castoriadis, ¿si usted nunca ha soñado, podría yo explicarle lo que es un sueño y lo que es soñar?» En esta respuesta, se percibe el genio del esquizofrénico que Piera tanto admiraba, que en efecto puede a veces rivalizar con el de un Emmanuel Kant.

*Traducción del francés: José Malaver.*

*Tomado de: Castoriadis, Cornelius.*

*Les Carrefours du Labyrinthe V Fait et à faire.*

*Paris: Du Seuil, 1997. Pp. 109-122.*